



# Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



**SEGOB**



**MÉXICO  
2010**



# LA CAMPAÑA DEMOCRÁTICA DE MADERO

Ignacio Padilla

FRANCISCO I. MADERO NACIÓ EN COAHUILA EN UNA familia de algodoneros bastante ricos. Fue un niño callado y enfermizo. Era bajo y tenía una gran cabeza. Un día, mientras jugaba a la *ouija*, un espíritu le dijo que sería presidente de la República. Francisco se tomó aquella profecía muy en serio.

El joven Francisco estudió en los Estados Unidos y en Francia. Allá conoció la importancia de la democracia estadounidense, se enamoró de las ideas francesas sobre la igualdad entre los hombres y mejoró sus artes para comunicarse con los espíritus. Luego volvió a México para administrar una de las haciendas de su familia. Fundó escuelas, escribió en periódicos, se casó, modernizó la agricultura de su región y hasta se dedicó por un tiempo a la medicina. Era un hombre inquieto y apasionado. Poco a poco se fue interesando por la política y acabó por conven-

cerse de que allí podía encauzar su energía para cambiar las cosas que no le gustaban de su país.

En ese entonces México se encontraba en una tensa paz que daba la apariencia de orden y progreso. Durante treinta años el general Porfirio Díaz había dirigido un gobierno unipersonal y centralista. Las elecciones eran protocolarias y la educación era deficiente. El país había sido pacificado después de numerosas guerras y había progresado económicamente a costa de represiones y de una enorme desigualdad social. El dictador finalmente había envejecido y el país necesitaba con urgencia renovarse.

En 1908, Díaz cometió un error que iba a costarle muy caro. En una entrevista con James Creelman reconoció que el pueblo mexicano estaba al fin listo para elegir a sus gobernantes sin el peligro de una revolución. Aquello fue como patear un hormiguero. De pronto las opiniones del viejo general estaban en todos los periódicos del país. Muchos pensaron que Díaz se estaba preparando para dejar el poder, de modo que comenzaron a organizarse para participar en las elecciones de 1910.

Madero no creía que Díaz dejaría el poder sin más ni más. De cualquier modo, entendió que ha-

bía llegado el momento de cambiar en el país. Comenzó por escribir el libro *La sucesión presidencial en 1910*, donde explicaba por qué era importante que el país entrara pacíficamente en una nueva época de verdadera democracia. Opinaba que era urgente mejorar la educación, terminar con el maltrato a los indios y a los trabajadores, depender menos de los Estados Unidos y estar más cerca de los países latinoamericanos. Al final de su libro, Madero hacía dos preguntas: ¿Estaba México verdaderamente preparado para la democracia? Madero pensaba que sí. ¿Estaba el gobierno de Díaz dispuesto a tolerar que el país fuera democrático? Madero temía que no. Por eso invitaba a todos los mexicanos a unirse en un solo partido que tuviera como principios la libertad, el voto libre y la no reelección.

La idea de Madero era buena y urgente. Pero otros se le habían adelantado. Hombres cercanos a Díaz también creían llegada su oportunidad para ocupar el lugar del dictador y estaban trabajando para conseguirlo. Algunos políticos de ideas liberales se unieron para formar el Partido Democrático y apoyar al general Bernardo Reyes. Madero se interesó por ellos pero le preocupaba que estuvieran

tan divididos y que algunos de sus miembros fuesen demasiado cercanos al gobierno como para lograr algo importante en las elecciones. Por su parte, hombres aún más próximos a Díaz habían formado el Partido Reeleccionista. En ese panorama parecía imposible que Madero alcanzara su sueño de que todos los esfuerzos democráticos se unificaran en un solo partido capaz de terminar con los deseos del dictador de perpetuarse en el poder.

Madero no se dio por vencido. Pronto entendió que el Partido Democrático era débil y que Díaz no tardaría en destruirlo. De modo que siguió trabajando: distribuyó su libro, dio conferencias, escribió artículos en los periódicos, habló con importantes personajes para convencerlos de que se unieran en un movimiento nacional. Un día, el general Bernardo Reyes abandonó su lucha y salió del país. Para entonces Madero estaba ya preparado para sorprender al dictador, que hasta ese momento no le había dado mayor importancia. En mayo de 1909, Madero fundó con sus compañeros el Centro Antirreeleccionista, que defendía los principios democráticos e invitaba a otros grupos independientes a unírseles. Algunos reyistas del Partido

Democrático comenzaron a unirse a Madero. En junio fundó un semanario llamado *El Antirreeleccionista*, dirigido por el joven José Vasconcelos. Allí Madero publicó el manifiesto antirreeleccionista. Tres días después comenzó una intensa campaña política para alcanzar el cambio democrático en las elecciones del siguiente año.

Madero comenzó su campaña en Veracruz, donde no le fue muy bien. Las cosas mejoraron cuando llegó a Yucatán, donde conoció a José María Pino Suárez, quien compartía sus ideas y que había de seguirlo hasta la muerte. Juntos alzaron el vuelo en Yucatán, Campeche y Tabasco, donde consiguió el apoyo de numerosos liberales e instaló con ellos varios clubes antirreeleccionistas. Siguió cosechando éxitos en Tampico y Monterrey. En Coahuila se le unieron más reyistas desilusionados y muchos liberales entusiasmados con la noticia de que la campaña del Partido Reeleccionista había fracasado en Guadalajara.

Las cosas habían empezado bien pero iban a complicarse. El partido se estaba quedando sin fondos y el gobierno había comenzado a arrestar a muchos de sus miembros. Algunos comenzaban a pensar que





sería mejor iniciar una lucha armada. Madero tuvo que gastar su dinero en el financiamiento de la campaña para convencer a sus compañeros de que el cambio democrático aún podía obtenerse sin violencia. Aquel verano Madero cayó enfermo y fue a curarse a Tehuacán. Cinco semanas después reinició su campaña. Cada vez lo recibían mayores multitudes y se instalaban en el país más clubes antirreeleccionistas. En la misma medida crecían los obstáculos que le ponían las autoridades locales.

Madero pasó la Navidad de 1909 en Guadalajara, donde lo recibieron cinco mil personas. Pasó después por Colima y Sinaloa. En Sonora convenció a los yaquis de apoyar su causa. Era evidente que su movimiento estaba creciendo a una velocidad inesperada. En Hermosillo, Madero enfrentó una fuerte oposición oficial. Ante el rumor de que pensaban asesinarlo, pasó a los Estados Unidos. Más tarde volvió a México para terminar esa parte de su gira en Parral, donde el entusiasmo era tan grande que los comerciantes declararon feriado el día de la reunión.

Madero regresó a su hacienda después de hablar con una multitud en Torreón. Aunque estaba exhausto no tardó en continuar sus viajes por Duran-

go, Zacatecas, San Luis Potosí y Guanajuato. Los éxitos y las persecuciones continuaron. En cada plaza Madero insistía en que su propósito era fortalecer la democracia en México, lo cual sólo sería el principio para alcanzar objetivos más trascendentes. El tiempo se estaba agotando. Faltaba poco para la convención donde el Partido Antirreeleccionista elegiría a sus candidatos para las elecciones. A Madero le preocupaba que se tomara a su movimiento como un movimiento revolucionario. Creía aún que la democracia podía conseguirse pacíficamente. Por eso decidió invitar al doctor Vázquez Gómez, que había sido médico de cabecera de Díaz, a que se postulara como candidato a la vicepresidencia por el Partido Antirreeleccionista. En Guanajuato, Madero dio por terminada la segunda parte de su gira, la cual prometió reiniciar después de la convención.

La convención del Partido Antirreeleccionista tuvo lugar en abril de 1910. Para entonces, Madero comenzaba a perder la esperanza de que Díaz se dejara convencer para apoyar una transición pacífica. Poco antes de la convención, un juez de Saltillo ordenó arrestar a Madero, contra quien había una denun-

cia por robo. La acción no prosperó y sólo sirvió para acrecentar la popularidad de Madero. En la convención, Madero ganó la designación con amplio margen. Fortalecido, aceptó entrevistarse en privado con Díaz, lo cual no gustó mucho a sus seguidores más radicales. El encuentro fue inútil: Madero sólo se encontró con un viejo insultante y autoritario. Aunque era menos fuerte de lo que parecía, Díaz no dejaría el poder. Quizá sólo con una revolución se alcanzaría la libertad del país. Cuando le preguntaron sus impresiones, Madero expresó algunas esperanzas y muchas preocupaciones. “Porfirio no es gallo —dijo—. Sin embargo, habrá que iniciar la revolución para derrocarlo. Pero después, ¿quién la detendrá?”

Estas declaraciones sembraron esperanzas en los miembros del partido que ya no creían en el cambio pacífico. Pero Madero seguía cambiando de opinión, expresando temores y convicciones contradictorias, anunciando que no sería capaz de controlar las consecuencias de lo que pasaría si el gobierno no respetaba el proceso electoral.

En esas circunstancias, Madero reinicia su campaña. Vuelve a Jalisco, visita industrias en Puebla, Tlaxcala y Veracruz. A pesar de sus contradicciones,

su popularidad ahora es inaudita. En Guadalajara lo aplauden diez mil seguidores; en Puebla lo reciben veinticinco mil personas. Aquello parece una marcha triunfal. Cada vez más alarmado, el gobierno insiste en las persecuciones. A su regreso a la capital, Madero escribe a Díaz una carta en la que se queja de la represión y responsabiliza al dictador de lo que pueda ocurrir, pues siente que no será capaz de contener la ira de sus seguidores si la represión continúa.

Aquella carta ayudó a poner en guardia a las autoridades y les dio elementos para detener al candidato a cualquier costa. En la capital, los seguidores de Madero se cuentan ya por miles. Lo llaman el Apóstol de la Democracia. En la última parte de su campaña, Madero visita el norte. Va a San Luis y a Saltillo, donde parece que toda la población ha decidido seguirlo. El gobierno entonces intenta detener a Roque Estrada, uno de sus más cercanos colaboradores. Estrada consigue escapar pero Madero es arrestado acusado de proteger al fugitivo. Al día siguiente, Estrada se entrega a las autoridades esperando que Madero sea liberado. Pero los cargos contra Madero han cambiado: ahora se le acusa de fomentar una rebelión y de insultar a las autoridades, incluso al presidente.





El arresto de Madero fue un gran error político del gobierno porfiriano, pues sólo consiguió aumentar la simpatía general hacia el líder antirreeleccionista. Madero estaba consciente de ello y desde su cautiverio publicó una carta abierta a Díaz. Una vez más le hacía saber que mientras los independientes cumplían con la ley, el gobierno la violaba. Por lo menos cinco mil de sus seguidores estaban encarcelados el día de las elecciones. En esta atmósfera opresiva ocurrieron los primeros incidentes violentos.

El Círculo Nacional Porfirista intentó todavía proponer a Madero un convenio que evitase un conflicto armado. Pero para entonces Madero había comenzado a discutir seriamente los planes para una posible rebelión armada.

El 21 de junio de 1910 se celebraron las elecciones primarias mientras Madero era trasladado a San Luis Potosí. El 8 de julio, las elecciones secundarias reafirmaron oficialmente el triunfo de los reeleccionistas. Cautivo en la ciudad aunque con libertad para seguir maniobrando, Madero decidió iniciar un levantamiento para el día 14 de ese mes. Sin embargo, la falta de organización y de recursos, y el hecho de

que el jefe reconocido del movimiento estuviera en prisión hicieron que el plan fuese postergado.

Como último recurso legal, el Partido Antirreeleccionista protestó la elección frente al Congreso Federal. El Comité Electoral les ordenó reunir evidencias sobre las irregularidades de la elección, lo cual hicieron en el mes de septiembre mientras el país celebraba las fiestas del Centenario de la Independencia. Los fuegos artificiales ocultaron el desastre que se gestaba a la sombra de las celebraciones. El 23 de septiembre, una manifestación a favor de las demandas presentadas en el Congreso fue disuelta por la policía. El 4 de octubre Díaz fue declarado reelecto.

No había marcha atrás. Madero supo que había llegado el momento de escapar de San Luis Potosí y promover la lucha armada. Pasó la noche del 5 de octubre en las habitaciones de su empleado, Julio Peña. Al día siguiente se dirigió a la estación de ferrocarril disfrazado de mecánico. Salió al amanecer hacia la estación de Peñasco, cerca de San Luis. A las ocho de la mañana, un agente lo escondía en un tren que lo llevaría hacia el norte. De allí pasaría a los Estados Unidos, donde por fin comenzaría a gestarse el levantamiento armado.





Francisco Ibarra y Mauricio Gómez Morin,  
diseño de la colección; Mauricio Gómez Morin  
ilustración de portada; Mauricio Gómez Morin y David Lara,  
ilustraciones de interiores; Gerardo Cabello y  
Javier Ledesma, cuidado editorial.

D. R. © 2009, Instituto Nacional de Estudios  
Históricos de las Revoluciones de México  
Francisco I. Madero, 1; 01000 San Ángel, México, D. F.

# Nueva Biblioteca del Niño Mexicano

